

XVIII .

Juanito Gutiérrez estaba muy ocupado en la "Botica del Señor de la Salud" preparando una delicada medicina, tenía ambas manos enbadurnadas de polvos y masa, redondeando cincuenta píldoras que iba depositando en caja de cartón que cerca tenía; Juanillo parecía estar un poco molesto porque no alcanzaba á despachar las recetas que á la sazón llegaban, ni á los marchantes impertinentes y violentos que pedían mil cosas extrañas y solo entendidas por el boticario; unos pedían "emplasto simple de cerato mágico", otro "agua de rosas con leche virginal para el constipado"; una vieja, con voz cavernosa, decía: "Doctor, ándele que me voy, écheme en esta redoma aceite del Padre Cobos, con gotas de polvos Juanes". En esto presentóse don Encarnación Solano, y previos los saludos de estilo, el vejete, dando mil disculpas, explicando que el asunto que iba á tratar se debía á causas ajenas á su voluntad, presentó á Juanito una letra de cambio, pagadera á la vista, girada por Félix y Compañía y á favor de don Encarnación. El boticario leyó y volvió á leer aquel giro comercial, rascóse la cabeza, preguntó luego por la salud del visitante, indagó por el temporal, cosechas y esperanzas de la agricultura, y ante los monosílabos de Solano, fuese derecho al bulto, y devolviendo el papel, dijo:

—Es muy buena la letra, señor mío, y siento decirle que no tengo dinero contante para hacer el pago; pero esto no obsta, porque hay mercancía suficiente para asegurar á Ud. lo debido; vea Ud., es casi la misma por cuyo valor se me gira. Si Ud. fuera tan bondadoso que tuviese la deferencia de esperarme quince días más, con toda seguridad tendría el dinero en su bolsillo, y conste que sería el primer servicio y muy especial que yo recibiera de tan buenas manos.

—Señor Gutiérrez, contestó el vejancón, por mi parte

lamento de igual modo no poder prestarle tan corto servicio, pero Félix y Compañía, dan órdenes de que se proteste á Ud. la letra si no la paga á su inmediata presentación.

Juanillo meditó breves momentos y haciendo su composición de lugar comprendió con su buen criterio que aquello era trabajo de zapa y que Solano llevaba fines especiales, por lo que respondió con el mayor desparpajo:

—Muy bien, señor Solano, si Ud. no quiere esperar, estoy á sus órdenes tanto más respetables para mí, cuanto que vienen de un anciano octogenario, que merece toda consideración. Puede Ud. pagarse con lo que á la vista tiene, que desgraciadamente no tengo otra cosa mejor que ofrecerle. Creo que con el departamento de perfumería quedará más que solventado el adeudo, mercancía que le convendría llevar á ser ciertas las especies que corren por el pueblo, esto es, que Ud. *toma mano* y la es de una guapetona de mírame y no me toques. Que sea para bien, señor Solano, muy para bien.

Don Encarnación, un poco amostazado, contestó al boticario que nada tenían que ver los asuntos comerciales con las habladurías del pueblo, que el negocio era negocio, y no pretendiera salirse por rumbo opuesto.

—Pero, señor Solano, no me salgo por los caminos que Ud. dice, lo único que he dicho es que no tengo dinero sonante ni contante que cubra el giro, y que le propongo mercancías muy nobles para que se pague. Ahora, si tal mercancía no es de su agrado, vea que por aquí tengo Elixir de las Senectud del doctor Voltaire, píldoras enérgicas del Profesor Griss, y Elixir de Nogal de Elizarrarás; tónicos maravillosos y que vendo como pan caliente á los novios que pretenden cambiar de estado; y si aún esto no cubre la deuda, puede Ud. elegir entre la Emulsión de Scott que regenera ó las píldoras de Williams que dan salud. Yo en su lugar me pagaría con la Creosofosfatina de Márquez, que es buena para la tuberculosis.

Solano por toda respuesta, soltó un cuaterno espantoso, anunciando al boticario, que su apoderado, don Francisco Pérez, se encargaría de hacer efectivo el cobro. Aun esta-

ba Juanito saboreando la felpa que endilgara al feudal señor, dueño de vidas y haciendas, llamado don Encarnación y residente en El Tepozán, cuando llegó á la botica nada menos que el famosísimo Trompo, bailando un aire original, muy suyo; y, previas tres ó cuatro piruetas, entre chistes y zapatetas, aguzando el hocico, dijo al boticario:

—Ámo, que me dé una toma de *anteperrina* para el *alicenciado* que acaba de llegar *hidrófugo* . . . ; pero despáchame pronto, que ese hombre se muere; que me dé . . . ; como dijeron . . . ¡ah!, un poco de unguento de soldado, porque el señor *alicenciado* traé unas ampolletas en las nalgas del puro sube y baja del trote del retinto del señor cura . . . ; despáchame, hombre!

Juanito Gatiérrez, ante aquel récipe de nuevo cuño, acabó de soltar los hilos de su buen humor; rió largo y bien tendido, y cuando al fin pudo articular palabra y formular pregunta, dijo:

—¡Pedazo de zoquete! . . . dime qué *anteperrina* te pidieron. Pobre del *alicenciado* si llevaras los menjerges que pides. ¡Redrojo!, como si el unguento de soldado tuviese la virtud de hacer retofiar las nalgas. . . ; Quién pide esto?

El Trompo en medio de un *zapateado* gracioso y menudo, contestó:

—¡Vaya por la pregunta!, quién había de ser, pues el señor cura.

—Pero, para qué *alicenciado* es, retazo de bruto?

—¡Caramba!, pues para el *alicenciado* que acaba de llegar de la capital, un hombre de muchas campanillas, que traé camisa aplanchada como no se gastan en San Antón, sombrero de *petate*, pero de *petate* muy fino y muy blanco y que huele á gloria.

Siguió el Trompo narrando que el *alicenciado* llegó hecho una compasión, que tuvieron que apearlo del caballo, porque venía tan molido el hombre, que no tenía alientos para decir quién era ni de dónde venía. “Tapones, (dijo el recién llegado),” que el pueblo aquel era el ombligo de la República por lo escondido que estaba, que todo el camino recorrido en veintitantas horas, había sido un *via cru-*

cis que púsose en camino solo por el Padre González; y que . . . ! Pero despácheme don Juanito, que ese hombre se *atiranta* si me tardo un segundo; llegó más averiado que gallo que va de venta, colgado de patas y en ancas de yegua bruta.

En diciendo lo anterior, el Trompo bailó danza y rigodón, recorrió en tres segundos el mostrador de la botica, dando golpes sobre la madera y con ambas manos, pretendiendo imitar el redoble de bélico tambor, en tanto que bien aguzada la boca, dejaba oír silbidos especiales que intentaban simular toques militares. Como viera El Trompo, que Juanito no se daba prisa y estaba hecho una estatua, apremió:

—Patrón, despáchame que el señor cura me dá un tirón de orejas especial . . . , no me ve la izquierda qué mal anda? y todo fué porque al repartir ayer los papeles que trajo el correo, dejé en la sacristía uno hereje que venía para Pancho Pérez, “El Combate”, debiendo dejar “El País” que era para el señor cura . . . ; qué falta hace, patrón, leer tan aprisa como don Catarino; este si que lee la epístola de San Pablo sobre el lomo de liebre espantada.

Siguióse después nuevo baile y originales cabriolas de parte de El Trompo, que por lo que respecta á Juanito, continuó en el mismo estado é idéntica posición, esto es, hecho una esfinge. Al fin, reanimándose, soltó esta súplica:

—Trompo amigo, métete por la casa de Catarino y dile que se escurra por la botica.

Cosa rara, El Trompo, suspendiendo las cabriolas no se movió, estuvo quieto y sin dar señales de vida, pero como viera que Juanito metía mano á la caja de los dineros, salió disparado, como por arte de birlibirloque, y al volver diez minutos después con la nueva de que el maestro pronto vendría, se encontró con la *anteperrina* lista, el unguento de soldado disponible para curar las ampolletas, y todo envuelto con arte maravilloso y propio de la botica, llevando cada cosa su nombre especial, porque la caja decía “antipirina para el dolor de cabeza”, y “pomada espe-

cial para lo rosado“... ¡Claro! para las ampollitas....!

Largóse El Trompo á la llegada de don Catarino, el que, atajando las novedades que iba á soltar al boticario, comenzó:

—Ya se de lo que se trata. Acaba de llegar al curato un abogado de fama, mucha influencia y lleno de dinero. Creo que el viaje se debe al curita, y no se porqué me huele que se intenta ajustar cuentas á Pancho Pérez.

—Como dijo Lerdo, Catarino, amigo-salmodió Juanito — “ahora ó nunca, señor Presidente,” ¿me entiendes profesor?

—Efectivamente, hay oportunidad, y bien rara, para aplastar á la sabandija de Pérez; pero es preciso ver qué clase de avechucho es el tal abogado, á lo que viene y miras que traé. Sobre todo, piensa que es difícil entremos en relaciones estando de por medio el cura, bien sabes que no le hacemos buen estómago al padrecito. Aún hay más, es de temerse que Solano y el mismo Pérez se atrevan á jugar la partida, y pongan los ojos verdes al abogado y al cura, que en estos juegos los oros son triunfos....

—A propósito de Solano, —saltó el boticario— ¡mal rayo lo parta!, hace media hora estuvo por aquí, cobrándome una letra de cambio girada por Feliz y Compañía, y como no tengo dinero para pagarla, me amenazó con pasar el cobro á Pancho Pérez, y no dudo que tengamos demanda, embargo, costas y otras chuladadas.

Los dos amigos quedaron en silencio, cada quien llevando el pensamiento por diferentes rumbos, porque mientras el uno pensaba en el cobro y amenazas de Solano, el otro metíase por campos vedados, discurriendo la manera de realizar un plan ya puesto en práctica y cuyo próspero resultado á la mano se tenía. Al fin, don Catarino, muy despaciosamente, como si pesara cada palabra al salir de la boca, como midiendo el alcance de la idea, apuntó lo que sigue:

—Parece que todo se pone á pedir de boca y en favor nuestro, Juanito; el cobro que te hace el agiotista precisamente nos abre las puertas del curato y hasta llegar al

abogado, dándonos ocasión de saber á lo que viene y ver si puede secundar los planes que tenemos..... Espera, espera, no tengas ansia, que ya me explico: figúrate que vamos por allí con el pretexto de consultar tu negocio, el del cobro, que tu no estás conforme por esto por lo otro, indicamos que todo eso se debe á trabajos de Pancho Pérez, enemigo de los dos, y como se nos preguntará que quién es esa buena pieza, ya supondrás lo que diremos; para esto nos pondremos muy atentos sobre la conducta, cara, gestos y otros detalles del abogado, y si vemos que nos conviene meter baza, le indicaremos algo del otro asunto; en fin, creo que me has entendido ¿verdad, Juanito, amigo?

—¡Chócalas, Catarino! eso se llama dar en el clavo y pensar con toda la cabeza. Reconozco tienes un talento.....

—Fanfarrón, cállate y responde, cuándo quieres véamos al abogado?

No me parece oportuno ir luego —observó el boticario— porque El Trompo me acaba de informar que el abogado llegó bien averiado, pero enviaré recado hoy rogando se nos fije hora y día para la consulta, ¿te parece?

—No dejes de enviar el recado.



XIX.

A la mañana siguiente, Catarino Reyes y Juanito Gutiérrez, estaban muy listos y plantados, esperando llegase la hora de la cita puesta por el abogado; entre tanto, ambos ocupaban las manos y peines en domeñar á fuerza de goma de tragacanto, las hirzutas melenas no impuestas á dejar ver una raya bien trazada sobre la cabeza. ni estar en orden y ondas sobre la frente, porque las cabelleras siempre andaban sueltas y por donde el aire iba. Los zapatos de tales sujetos, estaban lustrosos y bien tratados por El Trompo, que acaba de ejercitar su trigésimo nono oficio, el de limpiar botas. Ambos, sin decirse nada, cada uno estudiaba una buena tirada de palabras que en hora oportuna espetarían al abogado, pues se suponían que con este amigo debían irse con tiento en el buen decir y mejor pensar, porque la fama que por todas partes le precedía no dejaba dudas sobre esos particulares. Por fin, llegó la hora, y cuando El Trompo, trepado en la torre de la parroquia dió la última campanada de las once, Reyes y Gutiérrez se colaron por el curato á tiempo que el abogado entraba á la pieza de estudio del Padre González.

¡Qué soberbio chasco llevaron los dos amigos en la presencia de aquel señor!; esperaban ver á un hombre alto, fornido, de mirada de águila, bien arreglado, sus vestidos finísimos y de corte irreprochable, bien puesta la corbata; lentes de varillas de oro, cadena con rubíes, etc., etc.; pero nunca á un anciano de la misma edad y complexión de Solano; eso sí, muy aseado y correcto, nada de fátuo ú orgulloso, por el contrario, su voz y maneras acusando sencillez rayana en humildad, y sus palabras siempre firmes, bien claras y que hacían comprender desde luego la idea que se buscaba.

—Recibí ayer tarde la súplica de Uds. relativa á una consulta de carácter urgente, y quiero me perdonen por no

haberles recibido ayer mismo; pero, la verdad es que no impuesto este cuerpo ya flaco y viejo, á una penitencia como la que me recetó el Padre González, haciéndome venir desde la capital sobre un caballo trotón, llegué con más ganas de estar metido en cama, que de cruzar palabra con todo hijo de Adán. Espero que ustedes me perdonarán.

—Pero, señor licenciado—dijo don Catarino—nosotros somos los apenados por no haber dado ni siquiera tiempo para que Ud. entrase en reposo, más el caso de Juanito Gutiérrez es urgente y no hay en la localidad persona de quien valerse... y nosotros aprovechamos esta bella cuanto rara oportunidad.....

—Nada, nada, señores, tratémonos como buenos amigos, déjense los cumplidos para otras ocasiones, que enemigo soy de fórmulas y fruslerías. Aquí me tienen á su disposición y con deseos de serviles; ya el buen Padre González anoche me informó que Uds. son dos buenas y excelentes personas, profesores en la localidad, el uno ejerciendo en la escuela y el otro en la botica; bellas profesiones, señores, lástima es no estén debidamente compensadas, sobre todo la de Ud., señor Reyes, pues un maestro de escuela, que tiene una labor tan alta y delicada, como que casi siempre está haciendo las veces de padre, apenas tienen Uds. lo necesario para atender á las más imperiosas necesidades. Yo creo que ciertos Gobiernos en esto hacen mal, porque en vez de gastar y derrochar dineros en estatuas, subvencionar ciertas cosillas y hacer otros despilfarros, debíanse preocupar por el ramo de instrucción. Un amigo mío, con mucha gracia al ver aquellos derroches, en presencia de ciertos jardines, parques, teatros y otros edificios, me decía, que nosotros los de este país éramos muy curiosos y dignos de estudio, pues lucíamos corbata de seda finísima, y andábamos en calzones. Así es, tenemos el parque fulano del benemérito zeta, el lago mengano de otro insigne ache y la plaza de don perengano, todo con derroches de lujo, y costando buenos dineros, cuando en los pueblos apenas hay escuelas con profesores pésimamente retribuidos de á quince pesos por mes y con sesenta *chamacos* que instruir, educar y for-

mar. Creo que me engolfo en cuestiones irremediabiles y quito á Uds. su tiempo.

Ante tan franca como simpática entrada, don Catarino y Juanito Gutiérrez, que no esperaban tan llano el camino, tomando vuelos animosos, explicaron que había en San Antón un tinterillo llamado Francisco Pérez, una verdadera calamidad, que no dejaba á sol ni á sombra á quien se le pusiera por delante; un verdadero bribón sin entrañas, que tenía la suerte de tener á las autoridades locales á su disposición, manejándolas á su antojo; que tal pécora contaba por aliado á un usurero de nombre Encarnación Solano, con quien muy pronto emparentaría para no desmentir la regla aquella "*símilis cum similibus junguntur*;" que el usurero, para explotar á Juanito, de común acuerdo con el rábula, se había hecho, Dios sabe como, de un crédito que el boticario tenía en favor de Feliz y Compañía de la capital, cuando tal casa comercial, muy respetable por cierto, nunca había tenido aquellas pretensiones, y que ahora se trataba de embargar á Juanito por una friolera, siendo que en seis años atrás les había comprado y pagado con mucha eficacia miles de pesos, y no unas cuantas centenas que ahora les debía; en fin, por aquí y poco á poco se fueron colando los ladinos profesores hasta llegar á decir que el tal Pancho Pérez estaba en las puertas de la riqueza, ó de la cárcel, porque en esos momentos procuraba desplumar á una huérfana llamada Consuelo Torres, y que ellos, los mismos profesores que hablaban con el señor licenciado, tenían pruebas irrecusables del robo que se intentaba.

El abogado, don Gilberto García, que tal era su nombre, sin revelar sorpresa, disgusto ó extrañeza, pero puestos sus cinco sentidos en la charla de los profesores, consultó el caso en esta forma sencilla y de eficacia notoria:

—Los apuros del buen amigo don Juanito Gutiérrez quedarán en nada con solo presentar la tarjeta que en seguida le daré para sus acreedores Félix y Compañía, de quien soy apoderado general; yo creo que estos señores, comerciantes de buena cepa, han sido sorprendidos ó algún empleado ligero despachó el cobro en la forma que Uds.

dicen se hace; de cualquier modo, bastará ver mi firma y ruego para que todo procedimiento se retire y tengan aquellos señores, confianza en Ud. Juanito, porque la verdad es que se la merece.

El abogado sacó, como dijera Anselmo, de entre chaleco y costillas, una pequeña cartera, escribió algo sobre una cartulina, y alargándola al boticario reiteró:

—Aquí tiene Ud. mi récipe para la enfermedad que Ud. sufre, ya verá que la medicina que doy es tan eficaz como el mejor purgante que despache Ud. en su botica. Y conste que todos los antecedentes del caso los deben Uds. al buen padre González.

A su vez, Juanito Gutiérrez echó mano á otra cartera que salió por los mismos rumbos, y cuando intentaba sacar algunos billetes de banco, el abogado poniendo la mano sobre el antebrazo de la diestra de Juanito, protestó:

—Nada de pãga, señor Gutiérrez, ya dije á Uds. que soy su amigo. Vine aquí no para especular, ni en ejercicio de mi enojosa y simpática profesión, sino á quitarme un poco el polvo de la capital, á desaburrirme y llenar los pulmones del buen oxígeno que aquí se absorve. Guarde Ud. sus dineros. Hablando en plata, señores, Uds. están en la gloria, al pie de la sierra, con estos aires purísimos y sanos, con la limpísima agua que beben, lejos de exigencias, de sociedades melindrosas, con la tranquilidad patriarcal que gozan, sin tener que comer en esta ó aquella fiesta ni en *restaurant* determinado y con una lista al frente, lo que no es de su gusto, sin la necesidad de desvelarse oyendo poesías cursis y de pésimo estilo, brindis octogenarios, ni soportar discursos kilométricos ó de media legua, y esto cada día, cada hora y en cada ocasión... ; Que más pueden Uds. pedir?

—¡Redrojo! señor licenciado, --contestó Juanito soltando aun más la manta de su encogimiento-- si Uds. por allá tienen fiestas soporíferas, reuniones pesadas y sin atractivo, aires mal sanos y cargados de mil microbios, aguas estancadas y sucias, etc., etc., en cambio los lindos moradores de esta Jauja, llamada San Antón, tenemos á un Pan-

cho Pérez que vale más que el tifo, el colera, la fiebre amarilla, etc., etc., y contra los que no hay remedios ni en la más afamada botica del universo mundo, ¿comprende Ud. ?; porque este hombre no tiene remedio, y como el pueblecito está muy lejos de la capital, muy de tarde en tarde se acuerdan por allá de que existimos, y mientras el cólera de Pérez, el tifo de don Pancho, los microbios del tinterillo y las pestes del rábula, están diezmando la tranquilidad, la posición y el bienestar de todos estos sencillos moradores. Ya ve Ud. que no andamos por las nubes como Ud. se lo imagina.

Al llegar á este punto, don Catarino interrumpió á Juanito, este á su vez volvió á terciar en la conversación; el otro arrebató las palabras de este, y al fin, el abogado, ante la avalancha de acusaciones y quejas contra el tal Pérez, esperó un verano para meter su cuchara y decir:

—Pero, amigos míos, más parece que se ensañan Uds. contra un tigre que no está al frente, que tratar un asunto liso y llano con un buen amigo.

Los profesores pidieron mil perdones por aquellos arrebatos, que pusieron tras de cubierto sus intenciones, y al fin, los tres interlectores, desplegando el abogado su experiencia y conocimientos, simpatizando en ideas, libres de preocupaciones del momento, pasaron un buen rato en amena y tendida plática, retirándose los profesores una hora después, encantados del buen trato y mejores maneras del abogado, y este admirado de que en aquel pueblo hubiese personas como aquellos sujetos, que se decidiesen á vegetar en aquella obscuridad, cuando podían pasarla mejor en otra parte. Ya al despedirse el abogado de sus visitantes, por preguntas solapadas de este, y que no entendieron los otros, supo que el rábula había hecho pedazos la finca de El Platanar buscando el tesoro que dejara el difunto don Pablo, que la huérfana se moría en aquella reclusión y soledad en que la tenía Pérez, que, por caridad, ya no por otra cosa, debía de hacerle algo en favor de la huérfana y simpática Consuelo.

Cuando quedó solo el abogado, perdió por completo

la gravedad que antes gastara, dejando oír una carcajada sonora y franca; buscó con impaciencia al Padre González, y cuando supo que este se ocupaba en acristianar á un nene que berreaba recio y gordo en el bautisterio, según informes de El Trompo, entretuvo el tiempo en meditar un poco sobre todo lo que había pasado en las veinticuatro horas que llevará en San Antón, y cuando se presentó el Padre González, el abogado indicó la conveniencia de hablar solos y sin testigos. Ambos fuéronse al interior de la casa, llegaron á lejano y solitario corredor amparado por amplio soportal, que pasearon á más y mejor durante la conversación sostenida, la cual fué abierta por el abogado en la siguiente forma:

—Ayer tarde, Padre González, cuando ni aún el polvo del camino limpiaba, me trataste el asunto gravísimo, según tu criterio, baladí, según el mío, para cuyo arreglo me hiciste venir dos días mortales ó algo menos, á horcajadas sobre un caballejo *infumable* y de mucha fama, nada más por que es de la propiedad del cura de San Antón.

—Que mi caballo *retinto* te perdone las herejías que estás soltando contra su buen nombre y fama; prosigue abogado de rompe y rasga.

—El viaje se hizo con gran detrimento de mi persona —continuó el abogado— que no estoy impuesto á tantas monerías, pero, bendito sea Quien todo lo puede; llegué á las puertas roídas de tu curato, pidiendo á gritos una cama, un refrigerio y algo que calmase los martillazos que me daba en la cabeza una tremenda insolación. Pues bien, si tuvieras compasión de mí, como si tu fueras el que pierdes la vida ó intereses, por más que no te vá ni te viene nada en el asunto, me explicaste el caso urgente, y quedamos yo estudiaría la cuestión pendiente y que en resumen se puede plantear en esta forma: un tutor, llamado Pancho Pérez, intenta por malas artes vender los bienes de su pupila Consuelo. ¡ache!

—Torres, — rectificó el señor cura.

—Que el tal tutor, aprovechando sugerencias de jueces,

haciendo dádivas, comprometiendo secretarios, y operando como un dignísimo nieto de Gestas, tiene en sus manos la venta de la rica finca rústica llamada El Platanar, venta que engordará sus bolsillos y dejará á la huérfana, su pupila, á tortas y pan pedir. Se me pregunta ¿qué solución tiene este enredo, cómo libertar á la huérfana del robo patente que se tiene á la vista? ¿no es esta la cuestión, Padre González?

—La has fotografiado, amigo mio—contestó el cura—y yo creo que para solucionar un problema como este, por más que no haya costas ni dinero de por medio, es para lo que nacieron todos los abogados que han pisado este planeta, y recuerdo que uno de Uds., no sé en qué fiesta allá en la capital, dijo á ese respecto, que el abogado es un sacerdote á quien corresponde cumplir.... Espera un poco y veré si puedo endilgarte, si mi memoria no me es infiel, al pie de la letra lo que dijo tu colega..... Si, ya caigo, dijo así; “El abogado es un sacerdote á quien corresponde cumplir en los combates que libran en la vida los intereses humanos, una misión de paz y concordia: es el defensor de los hogares cuando la maldad humana los persigue, es él quien fortifica los lazos de amor que mantiene la unión de la familia, cuando es para ella una amenaza la depravación de las costumbres. La ciencia del abogado debe ser un arsenal para armar á los débiles (échate ese trompo en la uña, amigo García,) y un escudo para proteger á los poderosos: su voz ha de ser una plegaria para impetrar el perdón de la sociedad en favor de los que delinquen, ó una requisitoria cuando en nombre de la misma pide el castigo. Para los pobres que se esfuerzan en defender el pan adquirido para sus hijos, es un apoyo; para los ricos que se preocupan de la inversión productiva que conviene dar á las fortunas es un guía.....”

—¡Canastos!, Padre González, cualquiera dice oyéndote hablar, que á los sesenta y pico de años que llevas en la mochila, es un fenómeno tu memoria y que gastas tres kilos de substancia gris á cada momento. ¡Cuando yo creía habías perdido hasta el modo de andar! Perdona interrump-

piera tu discurrecito, pero, debo ser franco, muy claridoso, lo digo porque creo que entre los deberes del abogado catalogados por tu boca hace un minuto, faltó hablar algo relativo á la franqueza que debe el letrado gastar con su cliente. Por eso, precisamente en gracia de tal claridad, y dando respuesta á la consulta que me hiciste ayer, debo decirte: me has llamado para solucionar un imposible; el asunto de Consuelo, tu protegida, no tiene arreglo ninguno, y solo siento que por tan poca cosa me hayas molestado haciéndome venir sobre un animal trotón, pero yo animado por la buena voluntad y mejores deseos de darte un abrazo estrecho y cariñoso.

¡Madre de los Desamparados! y qué ojos abrió el Padre González al escuchar aquella sentencia de tan autorizados labios! Detuvo el paseo que diera por el corredor, enarcó las cejas, que como hirzutos cepillos daban sombra á los hundidos ojos; con temblorosa voz y muy entristecido el rostro, al fin se quejó:

—Pero, es posible, amigo García, que entre tanto libro que engullen y consultan Uds., no encuentres un remedio contra las infamias de un carpintero disfrazado de.....; ¡Jesucristo! y para eso han perdido el tiempo consultando in folios que no pueden digerir á lo mejor?

Francamente — continuó muy vehemente y acalorado el Padre González— que me he pegado un gran chasco, creyendo que la ciencia de el derecho tenía amplios horizontes; pero ahora me convenzo, que un carpintero que deja las sierras y los formones y los trueca por un par de malos códigos, con solo tener audacia y un poco de cinismo vence á Papiniano y todos los próceres que pelechan por esos campos.

Tremenda, festiva y estrepitosa fué la carcajada que soltó el abogado García ante aquel discurso del eclesiástico, risa que á poco degeneró en penoso acceso de tos por el esfuerzo del bien reir, todo lo cual, ante la gravedad de la materia puso al Padre González hosco y pensativo.

—Te estás burlando de mí, abogado de Pilatos?

Cuando García se repuso un poco, sacó del bolsillo un

puñado de cartas y alargándolas al Padre González, dijo:

—Mira, hombre, mira, juzga y tu mismo decide.

Después de imponerse de aquellas cartas el eclesiástico objetó:

—Aquí está precisamente el cuerpo del delito. Estos papeles son las cartas de Gutiérrez y Compañía, dirigidas á Pérez, tratando y consumando la compra de El Platanar. . . . ¡Por las once mil vírgenes!, que no entiendo todo esto ni adivino la causa de tus mofas y ridículas risotadas.

El abogado, ya un poco calmado de los accesos de risa, toses y carrasperas, pero todavía á medias palabras, apuntó:

—Ya chocheas Padre González. . . ., ya. . . . chocheas. Mira, cura ciego y preocupado, estame atento y no pierdas sílabas.—continuó ya repuesto el de la toga—para hacer una rica, sabrosa y excelente fritada de liebre, lo primero que se debe tener á la mano y bien sujeta de las orejas. . . ., es precisamente á la liebre ¿te parece? ¡Bien!, pues para este guiso y en el caso en consulta lo que falta es nada menos que el animalito lepórico y orejado.

—Menos entiendo ahora, señor García.

—¡Tate!, Padre González, ¡tate! Quise decir, que el caso afflictivo de tu protegida Consuelo. . . . ¡ache!, asunto que te ha dado más de cinco desveladas, y te traé pesaroso y lleno de temores, no tiene solución, precisamente por la falta de la liebre, porque ni hay *gringos* que intenten comprar El Platanar, ni han nacido ni están en incubación los señores Gutiérrez y Compañía que medien en la fritada. Se trata en este caso de una excelente y bien intencionada broma que los profesores de botica y escuela han querido dar á tu inteligente carpintero y pésimo abogado Francisco Pérez, y con ello han logrado, al espumar el caldo, sacar por consecuencia que en el fondo de la olla no se cuece una liebre sino un gato, ó lo que es lo mismo, que ese pilla de Pérez, si pudiera, no solo dejaría en la calle á su pupila, sino que sería capaz de vender nuevamente á Jesucristo. Para que entiendas mejor todo ello, debes saber que un tal Anselmo, un antiguo sirviente del rancho ese y que le

tiené mucho apego á la huérfana y mucho más á la tierra de El Platanar, informado por una tía Dolores, de los intentos de Pérez, sopló recio y seguido sobre las orejas de los profesores, y estos, con ánimo de burlarse del tinterillo, é indirectamente de favorecer á Consuelo, inventaron toda la farza citada, en la cual caíste también y de varices, como pollo escabechado.

El abogado explicó todo lo que supiera por boca de aquellos profesores, cómo sabían los pasos que daba el rábula, que encomendaban á un amigo de ellos allá en la capital depositase las cartas en la estafeta postal y dirigidas á Pérez; que Juanito, con los tipos de imprenta y una pequeña prensa que le servía para hacer etiquetas y membretes para anunciar purgantes, jaropes, píldoras, y lavativas, selló papel para uso exclusivo de "Gutiérrez y Compañía," comisionistas, representantes de varias casas extranjeras, con magníficas referencias y, por fin, que el propio amigo residente en la capital, se encargaba de enviar á San Antón la correspondencia que soltara el rábula bendito sobre para él tan escabroso asunto.

—Ahora que ya estás en posesión del enigma, Padre González, dime si este tu amigo puede hacer esa fritada de liebre ó desenredar una madeja que no existe. Te desafío para que me zurras la pavana como hace poco lo ofrecías.

A medida que el abogado descifraba el misterio, cuando de la madeja se iba quitando fácilmente el enredo, sin nudos ni complicaciones, el cura de San Antón al propio tiempo desarrugaba el ceño, trocando el humor hosco por una franca alegría y sabrosa satisfacción, la misma que siente aquel que al fin se quita del dedo gordo la molesta espina que mucho lo importunara.

—¡Carrampempe! amigo García, que estos tales profesores me la pagan. . . ., ¡Vaya si el boticario tiene más remedios en el magín que drogas en la botica, y que el socarrón de Catarino es un quisque de siete suelas. Te prometo me la pagan y con creces. ¡Pícaros, y qué callados guisaban la fritada de liebre! Sin verguenzas!

—Salvo tus respetables órdenes, padre cura, — continuó

con seriedad el abogado—dentro de tres días me marcharé, sabes que estamos en período de sesiones en el Congreso y no puedo faltar por allí, por más que comparezca en las tablas en simple calidad de comparsa, pero debo estar en escena, no tiene remedio. Poco después haré sentir por aquí el resultado de algunas gestiones que mejorarán en tu infumable pueblo el estado actual de cosas; y más vale que no sepan por estos rumbos el objeto de mi visita, para que no molesten al pobre Gobernador con súplicas, influencias y cartitas chirles, que tales cosas le ponen nervioso é insoponible, y toma luego el desquite con nosotros los diputados y demás gente que le rodea.

El Padre González, muy agradecido con el amigo, su compañero de colegio é inteligente condiscípulo, no tuvo frases para significarle sus agradecimientos, ni elogios que hacer por la magna obra de caridad intentada, que don Pablo allá en el cielo, pediría á Dios por el abogado García, y que Consuelo por acá en la tierra pediría siempre por su buen protector, porque era de saberse que Consuelo era una niña enteramente limpia de malicia, y pocas almas podrían subir al cielo cargadas de palmas y flores como aquella inocente. ¡Vaya si lo podría saber el cura!

Tres días después fuese el abogado García rumbo á la capital, á donde le llamaba con urgencia el director de escena, para que ensayase su papel de comparsa, pero, antes de ponerse á horcajadas sobre el pésimo trotón del caballo *rosillo*, propiedad y cariño especial del cura, se despidió de sus buenos amigos los profesores, que arrumbados quedaban en el poblacho aquel y don Catarino, sin desatar el amistoso lazo de despedida, formado con sus brazos al dar el adiós al abogado, dijo:

—El correo de hoy me trajo órdenes para que abandone este pueblo y marche á otro inferior, y este por vía de castigo, pues por aquellas cumbres se dicen tantas cosas de mí, que no sé como no las han patentado Pancho Pérez y su amigote Solano. Me da lo mismo ir á cumplir mi pobre misión de maestro de escuela á orillas del Usumacinta que á las del Bravo; pero se me congestiona un poco la cresta

al pensar que todo se debe á maquinaciones de un mal tinterillo y un consejero de peor cataña. Yo tengo la culpa por andarme entrometiendo en deshacer agravios y enderezar entuertos, que no me van ni me vienen, que si dejo á Consuelo y á Pérez en paz y grato olvido, no estaría yo liando las maletas para tierras lejanas.

El abogado al oír esto, puso algunas notas en su librito de apuntes, aseguró á don Catarino que no se movería de allí, y que podría contar con un buen sobresueldo que le ayudase un poco á pasar la vida en San Antón, y ya cuando el abogado García estaba arriba del *retinto*, dijo á Juanito Gutiérrez:

—Si para cuando yo vuelva, señor profesor, que no ha de ser muy tarde, pues tengo que darme un buen atracón de oxígeno, no me tiene bien preparada la eficaz medicina que me dió para la jaqueta y

—Las ampolletas, —acabó el boticario

—¡Claro! me la pagá y lo hago ahorcar á la mitad de la calle.

Espoleó el abogado al *retinto*, quitóse el sombrero para significar despedida general, y como viera al padre González encaramado arriba de una silla, á la puerta del zaguán, para verlo mejor al partir, el abogado gritó:

—Adiós, Padre González, te prometo que vengo á verte muy pronto, pero no en calidad de abogado, ni político, ni de nada, sino como un *quidam* que llegará á gozar de tu buena compañía y aspirar aires sanos en este magnífico pueblo. Abur.

Las caballerías levantaron gruesas nubes de polvo, y cinco minutos después todo quedó igual en San Antón, esto es, el Padre González rezando su divino Oficio, El Trompo bailando allá en el campanario, Juanito Gutiérrez preparando emplastos y jarabes, Catarino Reyes incuistrando con cincel en testas de granito, las letras del silabario; Solano y Clotilde, desmayándose ante un nuevo disco de goma, y Pancho Pérez soñando en riquezas y bienestar.

Por lo demás, todo quedó igual en el poblacho.